

era todavía muy ventajosa; pero por lo menos restituía lo que había robado en plena paz, y esto probaba que en Europa prevalecía otra vez la justicia sobre el capricho del rey «Sol.» La Francia perdía todos los puestos avanzados donde reinaba tan absolutamente como en sus propias provincias, á saber: el ducado de Lorena, que se restablecía; los pasos de los Alpes que le quedaban cerrados, al mismo tiempo que se robustecía la Saboya; y el principado electoral de Colonia de donde fué arrojado el partido francés. Otra ventaja consistía en que la alianza estrecha entre potencias católicas y protestantes contra Luis XIV había borrado en parte el antagonismo político-religioso entre los pueblos y gobiernos coligados.



Luis XIV sexagenario

Sin embargo, cuando se hizo esta paz de Ryswyk tan importante bajo todos estos puntos de vista y como síntoma de un cambio en la importancia y posición internacional de las potencias europeas, nadie la consideró definitiva, sino solo como una tregua, como una calma que precedía á la tempestad terrible que inevitablemente había de suscitar la cuestión de la sucesión de España. El mismo Guillermo III expresó esta idea momentos después de hacerse la paz en una carta dirigida al Gran pensionario de Holanda Heinsius.

En Francia no era menor el descontento que en Alemania é Inglaterra. Acostumbrados como estaban los franceses á ver ensanchadas sus fronteras á cada tratado de paz que se hacía, miraron la de Ryswyk como una derrota evidente. Era general el sentimiento que causaba la devolución de las fortalezas, francesas ya, de Luxemburgo, Friburgo, Casale y Pignerol; pero el golpe que pareció más fatal para el reino y la religión fué que la Inglaterra se había vuelto definitiva-

mente país protestante y anti francés. Contra semejante pérdida nada podían los esfuerzos que hacían los serviles cortesanos para representar la paz de Ryswyk como producto de la magnánima moderación de Luis XIV y de su entrañable amor á sus súbditos. Vanos fueron también los esfuerzos del mismo rey para pintar con halagüeños colores el suceso en un manifiesto que dirigió á la nación. Los franceses no se dejaron convencer; siguieron lamentándose de la ruina de los Estuardos y consideraron como una afrenta la restitución de conquistas que habían costado ríos de oro y de sangre.

Para la Francia tampoco fué puramente exterior el cambio que produjo este tratado. En el interior se realizó una reacción completa contra el régimen que Luis XIV había seguido tenazmente desde su juventud y en el colmo de su fortuna; no porque hubiese experimentado disminución su poder absoluto, sino porque él mismo cambió, al ver dibujarse en todo el ámbito del país nuevos elementos y fuerzas cuyo rugido lejano y sordo se oía ya; elementos y fuerzas que dejaban entrever un porvenir tempestuoso, y que reclamaban concesiones que Luis XIV tuvo la prudencia de hacer.

CAPITULO IV

EL RETROCESO DEL GRAN REY

Al concluir la segunda guerra de coalición era Luis XIV sexagenario. Su constitución sana y robusta empezaba á pagar el acostumbrado tributo á la vejez. Durante todo el año 1686 le había hecho padecer muchísimo una fístula en la espalda, y no tuvo más remedio que resolverse á la operación que supo sufrir con una calma y fortaleza que honraba su fuerza de voluntad tanto ó más que el perfecto disimulo con que había sobrellevado el mal durante tantos meses. Salió bien la operación, pero jamás recobró su antiguo vigor. Le acometieron calenturas frecuentes y ataques de gota, aunque pasajeros y poco crueles, contra los cuales empleaba el ejercicio de la caza, á lo menos un par de horas por día. Las personas que le conocían bien, y que, sin embargo, ignoraban que tuviera la mencionada fístula, observaron desde luego el cambio que se realizaba en el carácter del rey, el cual redujo las fiestas y diversiones acostumbradas; abandonó por completo los excesos y se dedicó con más fervor y frecuencia á ejercicios espirituales. Era que aquel mal que le había llevado positivamente al borde del sepulcro, con su séquito de males menores, había despertado más que nunca en su ánimo el miedo á la muerte y al juicio eterno, miedo que por lo demás nunca le había dejado del todo. Fomentaba esta disposición de espíritu su esposa, la Maintenon, que con sus maneras insinuantes tan hábiles, y su propia devoción, se había hecho dueño de la voluntad del monarca, el cual pasaba en su compañía cada día muchas horas y á veces hasta celebraba en su aposento el consejo de ministros. Estos, sobre todo desde la muerte de Louvois, participaban puntualmente á la Maintenon todo cuanto ocurría, y además ella tenía su correspondencia secreta y muy vasta con agentes en todas las partes del reino, á fin de saber cuanto aconteciera, así como las maquinaciones secretas de sus contrarios, y para alejar del rey todo peligro y disgusto. El rey por su parte tenía también sus espías que observaban y vigilaban á sus ministros, generales y cortesanos. No tardó la Maintenon en comunicar á toda la corte un aire de reserva, de economía, de devoción, pretextando siempre el estado aflitivo de la Hacienda y el cuidado que reclamaba la salud del rey, cuyo médico hacía todo lo que ella mandaba. Lo que pudiera haber gastado en adornos y fiestas lo empleó en la fundación de un establecimiento, llamado de

Saint Cyr, en el cual mantenía 400 hijas de familias nobles y pobres, y donde ella misma pensaba encontrar un asilo digno para el caso de que cayera en desgracia ó quedara viuda. También protegió á su familia, pero con el delicado tacto que mostraba en todo, sin caer en ningún extremo. La llamó á la corte y dió á todos sus parientes una posición decente para no parecer ni orgullosa, ni ingrata, ni que otros pudiesen acusarla de enriquecerlos á costa del Estado ó de la corona. Con su comportamiento piadoso y caritativo, logró también que el rey la encargara de la distribución de los

donativos, mercedes y limosnas que antes solía hacer por sí mismo.

Juntamente con ella influía en el ánimo del rey el padre Francisco d'Aix de la Chaise, su confesor. Pertenecía el P. La Chaise á la Compañía de Jesús y era persona de carácter melifluido é insinuante que para todos tenía una palabra agradable. Por lo demás, era hijo de buena familia, instruídísimo, como que antes de confesor del rey había sido cate-drático de física y de humanidades en Lyon, benévolo, desinteresado y de ningún modo vengativo pero en consonan-



Luis, el Príncipe heredero; ó Delfín

Copia del grabado de P. Van Schuppen 1684; sacado del cuadro original de Francisco de Troy

cia con el espíritu de su órden era ultramontano, y aunque no lo hubiese sido, habría tenido que obedecer los mandatos de sus superiores en Roma. Estos no pudieron quejarse de él, porque prestó en efecto importantes servicios al ultramontanismo. Estaba encargado de repartir todos los beneficios eclesiásticos del reino; de modo que le rodeaba una verdadera corte de obispos, curas y otras personas eclesiásticas que solicitaban ascensos; y como las familias nobles, hasta las más distinguidas, tenían miembros suyos en la Iglesia, á quienes naturalmente trataban de ascender en su carrera, formaban también coro con el clero en su alabanza. El padre confesor vivía en una hermosa y elegante quinta rodeada de un magnífico jardín en un terreno que le había regalado el rey, situado en una eminencia al Noroeste y próximo á Paris, donde ahora duermen el sueño de la muerte en cientos de miles de sepulcros tantas generaciones de la capital. Aquel terreno forma ahora el célebre cementerio del Padre la Chaise.

¡Qué contraste entre esta corte del anciano Luis XIV, con sus beatas, confesores, obispos y espías que la dominaban,

y aquella que llenaba los jardines, alamedas y antecorredores de Versalles y Marly en el brillante apogeo de su reinado! En lugar de aquellas funciones fastuosas, de las fiestas alegres, de la multitud deslumbradora de elegantes caballeros y hermosas y frívolas damas, llevaba todo á la sazón el barniz de la virtud, reinaba en todas partes el tedio del convento con sus ejercicios espirituales, penitencias y aire arrepentido. Los cortesanos jóvenes se desquitaban de esta opresión celebrando en Paris orgías indescriptibles, donde hacían gala de su incredulidad con mofas de libres pensadores. El éxito fatal de la última guerra contribuyó, como es de pensar, á dar más impulso á la tendencia devota del monarca y de las personas que le rodeaban. Antes habría considerado y castigado Luis XIV como un crimen de lesa majestad, el querer apartarle de un galanteo, ó arrancar de sus garras una infeliz próxima á ser sacrificada á su lascivia; pero ya se entregaba á ejercicios de penitencia. Iba decididamente retrocediendo; ya no era aquel rey Sol de antes que lo dominaba, absorbía y doraba todo. El único placer material que continuaba disfrutando era el de la mesa, al cual se entregaba con pasión y que en

cambio le recompensaba con una corpulencia que no se avenía de modo alguno con la majestad real.

El heredero del trono, el delfín, estaba completamente dominado por el clero y los beatos. En la flor de la edad, á los treinta y tantos años, se presentaba serio, taciturno, tímido y en frente de su padre sin ninguna voluntad propia. Esclavo, como también su descendiente Luis XVI, de los placeres de la caza y de la mesa, que le produjeron una obesidad excesiva, no mostraba ningún interés ni por la política ni por las letras. Cuando mandó su ejército en campaña dió pruebas de valor personal, pero lo mismo en esto que en todo, no mostró ningún talento ni dote que le elevara sobre las medianías. Viudo de su primera esposa, la princesa de Baviera, no volvió á casarse.

En su primogénito, el delfín menor, que llevaba el título de duque de Borgoña, para indicar que las posesiones de esta casa, antiguamente tan poderosa, habían pasado del poder de los Habsburgos al de los Borbones, se alababa el genio á la vez vivo y bondadoso, la concepción é inteligencia rápida y segura, la facilidad de aprender, el valor y el espíritu militar, la gracia y dignidad de sus modales y lenguaje; pero con todo esto fué, como sus hermanos, entregado á la guarda del duque de Beauvilliers, uno de los jefes más fanáticos del partido mojigato, nombrado ayo y director suyo. Su primer maestro fué Fenelon, tan amante de la contemplación pacífica, piadosa y tranquila, que presentó á su discípulo en su *Télémaque* un ideal de príncipe radicalmente opuesto al que hasta entonces había tenido Luis XIV, de modo que el reinado de los devotos quedaba asegurado para un dilatado porvenir. En efecto tan eficaz fué esta educación, que el duque de Borgoña no solo fué hombre religioso sino devoto fanático y taciturno.

No es de admirar, pues, que este rumbo devoto se manifestara también en la política eclesiástica de Luis XIV, ayudado como estaba á mayor abundamiento por la situación de la política extranjera y de los negocios internacionales. En este ramo de su gobierno rompió Luis XIV con todas sus tradiciones anteriores más radicalmente todavía que en los demás ramos. Antes había sido el enemigo más celoso y enérgico de la dominación ultramontana, de la competencia que los papas hacían á los reyes. Todo su afán era humillar á estos competidores y quitarles la influencia en la dirección del país. Todo esto había cambiado ya y Luis XIV solicitaba á la sazón con empeño la benevolencia de la Santa Sede.

Desde el año 1690, desde que efectuó su primera retirada delante de la coalición, había entrado en negociaciones con la curia romana para llegar á una inteligencia respecto de las cuatro tesis de la Iglesia galicana fijadas por el clero francés en 1682. Por el solo hecho de entrar en negociaciones confesaba Luis su disposición á hacer abandonar á su clero la posición que había conquistado no solamente con el asentimiento sino á instigación del rey. Era pues una afrenta para el clero y el rey humillarse y retractarse, de modo que los representantes más eminentes de la Iglesia galicana se negaron con la mayor decisión á someterse á ella. En vista de esta resistencia, publicó el papa Alejandro VIII en su lecho de muerte en 1691 un breve, en el cual declaraba expresa y directamente nulos y de ningún valor los cuatro artículos y la extensión de la regalía á la Francia meridional, con lo cual tomó la contienda un carácter mucho más grave. Grande fué, pues, la sorpresa cuando se supo que Luis había rechazado el ofrecimiento del parlamento de anular este breve como abusivo; pero creció de punto cuando el rey, en lugar de exigir del sucesor de Alejandro, Inocencio XII, una satisfacción por semejante ingerencia en los asuntos de su reino, le ofreció de su propio impulso revocar el decreto

en que había prescrito la aplicación y observancia de los cuatro artículos. Con esto venía á aceptar lo que Alejandro VII le había pedido como fórmula conciliadora respecto del clero francés. Mas no se contentó Luis con esto, sino que á pesar de las amonestaciones apremiantes de sus ministros, abandonó completamente á los miembros de la asamblea eclesiástica de 1682 á la venganza de Roma. Solo estando unido tenía el clero galicano esperanza de imponer á la curia de Roma y reducirla á la conciliación. Luis XIV destruyó esta unión, procurando que los obispos nombrados posteriormente á aquella célebre asamblea, y que por la misma razón no habían votado en ella ni eran objeto de repugnancia para Roma, fuesen á solicitar del Vaticano la confirmación de su nombramiento. Quedaron pues aislados los nuevos prelados que obedientes á su soberano y á la tradición de la Iglesia de Francia se habían declarado á favor de las doctrinas galicanas. Las negociaciones fueron largas y difíciles, y finalmente se llegó á convenir en un término medio en otoño de 1693, acordándose que los diez y seis prelados nuevos que se habían adherido á la declaración de 1682 solicitarían también su confirmación de la Santa Sede, por medio de un escrito idéntico para todos, en el cual declarase cada uno: «prostrado á los pies de Su Santidad» lo siguiente: «Siento el más violento, el más indecible y más profundo dolor á causa de lo que se trató en la asamblea eclesiástica del año 1682 con desagrado de Vuestra Santidad y de sus predecesores, y cualquiera cosa que en dicha asamblea se haya podido considerar como resuelta respecto de la autoridad de la Santa Sede, la considero como no resuelta y declaro que así debe considerarse. Tampoco considero como admitido y establecido lo que haya podido tenerse por tal, en perjuicio de los derechos de las iglesias de Francia, —(esto alude á la regalía)— porque no era mi intención resolver cosa alguna ni causar perjuicio ninguno á la Iglesia.»

Desde entonces hasta hoy no han cesado las disputas entre los historiadores ultramontanos de la Iglesia y sus contrarios sobre si esta solicitud de los 16 obispos fué una retractación en regla ó no. Los defensores del galicanismo se atienen á la última frase, en la cual los prelados dicen que no tuvieron intención de resolver nada que perjudicara á las iglesias del Mediodía de Francia, de modo que si nada se había resuelto, ni se había hecho daño á las dichas iglesias, no había tampoco nada de qué retractarse. Pero este no es el sentido de la frase, y mucho menos si se considera su enlace con las otras que la preceden, pues ¿qué significaría entonces aquel dolor tan violento de los obispos, ó sea el arrepentimiento de todo cuanto excitó en aquellas resoluciones el disgusto de los papas? ¿Y á qué entonces declarar todo esto nulo y de ningún valor? Si nada se hubiera resuelto ¿para qué serviría este largo pasaje en el escrito? De propósito se hizo el sentido tan oscuro como fué posible para no herir demasiado la susceptibilidad de los 16 prelados; pero si las frases citadas han de tener un sentido y una razón de ser, no pueden significar sino que: «No era en efecto nuestra intención resolver cosa nueva ni menos sancionar un perjuicio para ciertas iglesias; pero si á pesar nuestro hemos incurrido en este error respecto de cosas que han disgustado á Vuestra Santidad, lo retiramos.» Nada significa que los galicanos posteriormente, apoyándose en el artificio retórico, sostuvieran que allí no había retractación. Si esta sutileza fuese una prueba, ¿cuántas no fabricaría el arte de interpretar auxiliado de las acostumbradas argucias? En el citado documento se dice clara y lisamente: «lo que haya podido resolverse» y no: «lo que hubiera podido resolverse.» Lo que sí puede hacerse valer en esta disputa del galicanismo contra Roma es que solo 16 obispos y no toda la Iglesia de Francia se retractaron

de los famosos cuatro artículos, y aun estos diez y seis solo se retractaron en sentido general y no en cosas especiales y bien precisadas.

La misma ambigüedad observó el gobierno respecto de las cuatro tesis mismas. Por una carta al Papa y el consiguiente aviso al parlamento anuló el rey el edicto que mandaba á las universidades y á todos los doctores de teología incluir en sus programas la doctrina contenida en estas cuatro tesis; de suerte que si el rey no anuló directamente y dió por falsa la declaración de 1682, por lo menos la consideró como no existente. En la instrucción que acompañaba á esta disposición decía el secretario de Estado: «S. M. no

quiere que se lleve á cabo ninguna innovación que entonces se juzgara conveniente.» En una palabra el gobierno retrocedió al punto donde estaba antes de 1682. Esta fué una retirada evidente. Luis XIV renunció con ella á las conquistas que antes había querido hacer en el dominio de la política eclesiástica, como hubo de renunciar á las conquistas materiales.

No cabía ya duda, Luis XIV no era invencible cuando se le resistía con vigor y tesón; y además aquel rey tan arrogante é insultante que había querido dictar leyes á toda la Europa, se mostró tan falto de grandeza de carácter, que sin ningún escrúpulo sacrificó vergonzosamente los instru-



Fenelon

mentos ciegos y obedientes de su política á la venganza del mismo enemigo á quien por orden suya habían combatido hasta entonces.

Los parlamentos, adversarios añejos de las doctrinas ultramontanas, las siguieron condenando basándose para ello en leyes anteriores, y no contentos con esto empezaron poco á poco á excederse evidentemente de sus atribuciones y á considerar el edicto real de 1682 como todavía en vigor y aplicarlo á pesar de su anulación expresa. Pero como esto no ocurrió sino después de la muerte de Luis XIV, no tiene nada que ver con los planes, intenciones y actos de este monarca.

La resolución de esta contienda de la corona con la curia romana en un sentido muy poco honroso para la primera, fué en su mayor parte debida á la influencia de la hueste piadosa apadrinada por la Maintenon que la elevó á la posición que en adelante ocupó en la corte de Francia, contribuyendo á este resultado con todas sus fuerzas el duque de Beauvilliers y su cuñado y aliado íntimo el duque de Chevreuse. El ultramontanismo volvió á ser tan influyente en la corte de Francia como lo había sido en tiempo de María de Médicis en el segundo decenio del mismo siglo XVII.

Beauvilliers había sido alumno del seminario de San Sulpicio, donde conoció al abate Francisco de Salignac de la Motte Fenelon. Este había nacido en 1651 y recibido su instrucción de la escuela que conservaba un justo medio entre el jansenismo y el jesuitismo, uniendo á la sinceridad de la fe del primero, la doctrina teológica del segundo. Esta escuela formó el carácter de Fenelon, haciéndole por una parte devoto y místico y por otra enemigo como Bossuet y perseguidor implacable de los protestantes. En 1675 fué nombrado cura párroco de una de las parroquias de París y como tal superior de la «Obra de las Nuevas Católicas (1)» fundada por una reunión de señoras de alta categoría que se dedicaban á la educación de doncellas hasta entonces protestantes. Mostróse Fenelon tan celoso operario en la viña del Señor, que fué honrado con el encargo de acompañar en calidad de apóstol á los regimientos de dragones para convertir de consuno y definitivamente á los protestantes que todavía se resistían en el Sudoeste de Francia. En el día está probado que este hombre tan ensalzado y celebrado por sus sentimientos humanitarios y bon-

(1) Recien convertidas.

dadosos, fué uno de los perseguidores mas crueles, mas sañudos y mas refinados de los hugonotes en general, y muy especialmente de las jóvenes y de los niños infortunados hijos de padres protestantes. Estos tristes méritos fueron cabalmente la causa de que el rey le conociera; sus sermones tan elocuentes y sus escritos sobre la educacion le recomendaron tanto en las regiones elevadas, que el duque de Beauvilliers, su amigo, pudo proponerle y lograr su nombramiento para maestro principal del duque de Borgoña, cargo que le valió despues el ser elevado á la silla arzobispal de Cambray; pero antes de llegar á esta dignidad entró en una senda en la cual se encontró frente á frente con Roma y con Luis XIV.

En la época en que los ánimos sentían la necesidad de un fervor religioso interior, profundo y espiritual, en oposicion al culto meramente exterior, necesidad que provocó la gran reforma protestante, nació tambien en los conventos españoles el culto del misticismo, que en oposicion á la devoción exterior y visible, indicaba un camino interior por medio del cual el alma, sumergiéndose en la esencia del Hombre Dios, marchaba á su salvacion que solo por este camino podia ser alcanzada. Este culto místico, llamado *quietismo* (1), encontró muchísimos adeptos y apóstoles de ambos sexos, que entusiastas lo propagaron con ardor, y á muchos de los cuales la Iglesia adornó despues con la aureola de santidad ó de beatitud. Esta corriente de ideas adquirió grandísima fuerza y extension en todos los países católicos á mediados del siglo xvii. Circulaban de mano en mano muchos escritos en los cuales se enseñaba que la religiosidad interior era un camino á la vez mas corto y mas seguro para llegar á la perfeccion, que la religiosidad en público, en la iglesia y sus ejercicios; y que podia alcanzarse ya en esta tierra la perfeccion del alma y la completa union de esta con el Criador, por la contemplacion pasiva, la entrega de nuestro sér á la fe y al amor de Dios y la participacion interior en la suerte y sufrimientos del Hombre Dios. De este modo los quietistas, los que vivían en tranquila y quieta bienaventuranza, ponían la salvacion interna sobre la Iglesia, sobre sus actos de culto y sus oraciones, haciendo la salvacion independiente de la mediacion de los servidores de la Iglesia, y mirando á esta como una forma decididamente imperfecta y material. El apóstol mas activo del quietismo español fué el aragonés Miguel de Molinos que por el año de 1670 se estableció en Roma, donde atrajo á su confesonario á todas las clases de la sociedad con su doctrina, segun la cual «la purificacion y bienaventuranza interiores eran mas eficaces para obtener el perdon de los pecados que el cumplimiento de las satisfacciones y penitencias prescritas por la Iglesia.» Los cardenales mas eminentes y el mismo papa Inocencio XI se hicieron amigos y protectores suyos. Para instruir y guiar mas fundamental y explicitamente las almas piadosas publicó una «Guía Espiritual» y otros escritos menores, en cuyas obras aconsejaba «dejar á un lado las prácticas exteriores» y buscar en la contemplacion el camino de llevar el alma á la esencia del amor divino y confundirla en él. Esta *Guía espiritual* fué leída y estudiada con afán increíble por innumerables personas, sedientas de religion. Los altos dignatarios de la Iglesia aprobaron el libro y facilitaron su circulacion oficialmente, y el papa Inocencio XI manifestó explicitamente su beneplácito mas entusiasta. En muchas localidades se formaron asociaciones con el objeto de lograr la perfeccion de las almas por el método de la *Guía espiritual*.

(1) Véase Heppé, *Historia del Misticismo quietista en la Iglesia católica* (en alemán) Berlin 1875.

El contraste que formaba el quietismo con todas las disposiciones y toda la organizacion de la Iglesia era, sin embargo, demasiado palpable y grande para que no encontrase en breve la resistencia mas decidida, como que hacia inútil todo el aparato exterior y ostentoso de la Iglesia. Sus mayores enemigos fueron los jesuitas, como lo habian sido tambien del jansenismo que tenia cierta analogía con el quietismo; pero por lo pronto triunfó este último; y á consecuencia de la apología hábil y profundamente erudita escrita por Petrucci, obispo de Jesi, Inocencio XI declaró infundadas las criticas de los jesuitas, y enteramente conformes con la fe y la moral de la Iglesia cristiana los escritos de Molinos y de Petrucci.

Entre otros muchos adeptos impresionó en Francia esta doctrina á una joven que por acerbos pesares debidos á su matrimonio desgraciado, se veía reducida al único consuelo interior de la religion. Llamábase Juana María de la Mothe-Guyon. Tanto se extasió aquella alma entusiasta en la contemplacion de Dios que aconseja el quietismo, que todo, fuera de la divinidad, le repugnaba; tanto las necesidades materiales é intelectuales de la vida, como los ejercicios devotos de la religion y de la Iglesia, y hasta los mismos santos y todas las doctrinas de la fe. Muerto su esposo, retiróse á Ginebra, donde llegó á conocer al monje bernabita Lacombe, alma semejante á la suya. Las meditaciones y esfuerzos espirituales tan prolongados é intensos unidos al completo descuido de satisfacer las necesidades de la existencia física acabaron por producir á esta infeliz frecuentes éxtasis y alucinaciones. Hostilizada por el partido ortodoxo, tuvo que cambiar incesantemente de localidad, lo cual no le impidió publicar durante esta vida errante varias obritas quietistas. En 1686 volvió á Paris, donde llegó á conocer á Fenelon, entonces todavía cura párroco, al cual no tardó en atraer á su doctrina gracias á la devoción fantástica de aquel sacerdote.

Pero justamente entonces el quietismo recibió un fuerte golpe. Ya sabemos que el confesor del rey, el padre La Chaise, era jesuita. Bajo ambos conceptos empleó todos los medios que estuvieron á su alcance para excitar al rey contra el quietismo, cosa nada difícil, atento que Luis XIV era como déspota reaccionario, y como político, de los que se servían de la Iglesia para sus planes mundanos. Odiaba, pues, por sistema todo cuanto se oponía á las antiguas tradiciones rutinarias de la Iglesia, fuese en sentido espiritual ó material; y además estaba entonces cabalmente buscando ocasiones para demostrar palpablemente su celo y sus convicciones ortodoxas. Denunció por eso el quietismo al Papa, á lo cual se agregaron las incesantes maquinaciones de los jesuitas que en las repetidas excitaciones del embajador francés en Roma tuvieron ya un punto de apoyo de gran fuerza para convencer al Papa. Entre tanto se habia hecho evidente el peligro serio que entrañaba la nueva doctrina para la Iglesia oficial, y además, en Italia manifestábase ya una extraordinaria indiferencia hácia la misa, la sagrada comunión y todas las obligaciones y prácticas que impone la Iglesia, y hasta una resistencia declarada contra ella. Molinos y Petrucci fueron, pues, citados ante el tribunal de la inquisicion papal y en el año 1687 fueron presos 70 adeptos del quietismo en Roma, al mismo tiempo que se decretó una rigurosa inspeccion de todos los conventos. El infortunado Molinos fué condenado como hereje; pero habiendo abjurado de su doctrina, le fué conmutada la pena de muerte por la de encierro por toda su vida en una estrecha celda de un convento. Para obtener esta gracia, fué llevado primero maniatado al patíbulo, donde tuvo que sufrir muchas horas la lectura y abjuracion de una larga serie de pecados; y de allí fué, finalmente, llevado á la celda que debia ocupar hasta su muerte. No se sabé

cuándo ni cómo murió; solo se cuenta que al penetrar en la celda se despidió del fraile dominico que le acompañaba con las palabras: «Adios, padre, nos volveremos á ver el dia del juicio, y entonces se verá de qué lado está la verdad, del mio, ó del vuestro.»

Habia vuelto á triunfar la órden de los jesuitas, gracias á su constancia, sutileza, inmensa influencia, y al apoyo del despótico rey de Francia.

Fueron condenadas 68 proposiciones del quietismo, y el cardenal obispo Petrucci, hostilizado sin cesar por la inquisicion, dejó el capelo y la mitra y se retiró á la soledad.

Tocaba ya la persecucion á los quietistas de Francia. Lacombe y la señora de Guyon fueron presos por órden del rey. Esta última obtuvo su libertad despues de firmar una abjuracion incondicional de su creencia; y como la apreciaba mucho Fenelon, con el cual la Maintenon simpatizaba en gran manera, estuvo al principio bajo la proteccion de aquella mujer poderosa, lo cual irritó sobre manera á los clérigos ortodoxos. Entonces se puso á la cabeza de los perseguidores de la infortunada y desamparada mujer nada menos que el «noble y generoso» Bossuet en persona, el cual importunó tanto á la esposa del rey, asediada ya por su confesor y que además se habia convencido de que Luis XIV era enemigo decidido de los quietistas, que por fin la obligó á ponerse tambien de parte de los enemigos de la pobre Guyon. La Maintenon con su religiosidad glacial y enjuta era por lo demás completamente incapaz de comprender y apreciar el sentido profundo de la doctrina quietista, en la cual solo vió una herejía peligrosa para el Estado y condenada por la Iglesia. Un solo protector quedó á la infeliz, y era Fenelon, que á la sazón, en 1695, acababa de ser elevado á la silla arzobispal de Cambray por el rey agradecido, abuelo de sus discipulos. Fenelon, en efecto, amparó por algun tiempo á la Guyon contra nuevos rigores; pero esto le enemistó con la Maintenon y con Bossuet, tan influyentes y que juntos con el rey habian determinado el completo exterminio de los quietistas en Francia. En aquel país no se queria otra religion ni mas fe que la católica apostólica romana privilegiada por S. M., con aquel matiz útil galicano ó en otras palabras «monárquico francés». El resultado fué que en los últimos dias del año 1695 fué presa de nuevo la Guyon y encerrada como criminal en una verdadera cárcel. Entretanto, viéndose Fenelon acosado por todos lados para dar una explicacion satisfactoria de sus relaciones con aquella mujer, publicó una coleccion de: «Máximas de los Santos sobre la vida interior», en las cuales aparece el misticismo quietista purgado de las exageraciones de Petrucci y de la Guyon, pero sin dejar de presentar la perfeccion cristiana como dependiendo única y directamente de la comunicacion con Dios; por manera que resultaba tambien muy desmechada la autoridad de la Iglesia.

Este libro promovió un grande escándalo entre los prelados franceses ortodoxos que acababan de someterse á Roma; y entonces el rey, á quien jamas habia sido verdaderamente simpático aquel sacerdote grave, meditabundo y tan severo consigo mismo, se puso enteramente de parte de los agitadores fanáticos ortodoxos. Bossuet publicó contra el arzobispo Fenelon y contra todos los místicos su: «Instruccion tocante al lugar de las oraciones» y despues su «Ensayo sobre el Quietismo.» El rey desterró á Fenelon de Paris y de la corte en el verano de 1697, le denunció al Papa, y despidió á todos sus enemigos y partidarios que tenían algun empleo ó cargo cerca de la familia real. El desgraciado Lacombe, llevado por espacio de diez años de calabozo en calabozo, se volvió loco y murió al poco tiempo; la señora de Guyon fué encerrada definitivamente en la Bastilla, y un

cura párroco de nombre Robert, conocido tambien por sus opiniones quietistas, fué quemado vivo. Inocencio XII quiso amparar á Fenelon; pero Luis XIV y los amigos de Bossuet le instaron y molestaron tanto, que condenó finalmente en marzo de 1699 por un breve solemne 23 máximas del libro de Fenelon, aunque sin ninguna expresion ofensiva para el autor ó mejor dicho compilador. Fenelon, fanático perseguidor de los hugonotes, jamás habia pensado reñir con la Iglesia, ni era tampoco de carácter fuerte para pensar en hacer resistencia, y así sometióse completa, pública y solemnemente en presencia de sus diocesanos á la opinion y fallo de la curia romana.

De este modo acabó el quietismo en la Iglesia de Francia, porque no encontró defensores valientes, convencidos y fieles á su conviccion como los tuvo el jansenismo. No habiendo ya peligro que temer, se abrieron las puertas de la Bastilla para la señora de Guyon que murió retirada del mundo tranquilamente sin ser molestada.

En Italia no tardaron tampoco en ser dispersados á la fuerza los últimos restos de vida de la herejía quietista.

Este suceso constituye un episodio en la historia de la antigua y constante lucha entre la religion cuyo reino no es de este mundo y la Iglesia de Roma, unida estrechamente entonces al poder y á las magnificencias terrenales. Fenelon se habia colocado en el punto que anteriormente habian ocupado Arnoldo de Brescia y Savonarola, mientras que Bossuet defendía y se apoyaba en las tradiciones que desde mas de diez siglos seguian la Iglesia y los países católicos; y aunque sus armas no eran en mucha parte de buena ley, obtuvo una victoria tan fácil como completa. Esta victoria hizo sentir sus efectos mas allá de lo que Bossuet habia imaginado, los cuales no tardaron en manifestarse por una recrudescencia de maquinaciones ultramontanas en la corte y en el país. Los principales adeptos del ultramontanismo eran los favoritos del rey, los mariscales de Boufflers, Noailles y Villeroy. Desde entonces se trasformó la corte francesa en defensora declarada del culto católico mas material, sensual y positivamente gentilico bajo la forma de congregaciones como las de «Las cinco llagas de Cristo», del «Sagrado Corazon de Jesus», de «La milagrosa Sangre» etc., cuya sancion negociaban los embajadores en Roma con actividad febril. El mismo gobierno fomentaba en Francia la formacion de estas cofradías y congregaciones, cuyo número llegó en los últimos treinta años del reinado de Luis XIV á 428.

Así fué como la Francia, galicana y protestante, se volvió por un lado ultramontana, y por otro materialista nihilista.

Del contingente de grandes ministros que habian prestado glorioso brillo á la primera mitad del reinado y gobierno de Luis XIV, ya no existía ninguno; Lyonne, Colbert y Louvois habian muerto; Seignelay, el hijo de Colbert, tambien. Los hombres que ocupaban sus puestos, servidores y administradores capaces, honrados y leales, en su mayor parte hijos y sobrinos de los ministros difuntos y desde pequeños habituados y prácticos en el trabajo de sus ramos respectivos, no tenían el genio de sus predecesores, y el rey se vió obligado á dedicarse en persona mas que antes á las tareas del gobierno; de modo que hubo de trabajar con sus consejeros hasta de noche despues de la gran comida. Entonces se hizo patente cuánto debió á aquellos fieles y laboriosos consejeros difuntos, que mucho mas que él podían llamarse autores de las creaciones grandiosas que tanto brillo y altura le dieron antes (1).

(1) Consúltese sobre esto la *Correspondence administrative sous le règne de Louis XIV*, par G. B. Depping, Paris 1855, que forma parte de la coleccion de los *Documents inédits*. El autor ha tomado esta correspon-